

ALGUNOS PROBLEMAS CULTURALES DE LOS AÑOS CUARENTA EN ESPAÑA

Eduardo Mateo

Acabada la guerra algunos españoles comienzan a tomar conciencia de la historia real del país: de los otros, de la ausencia de libertad, de ese vacío cultural que ha sido el más sangrante y espectacular de toda la historia de España. Médicos, científicos, filósofos, escritores, políticos, pintores, músicos, etc., los mejor preparados de la historia de este país en cualquier campo que se analice, emigran casi en bloque. Con ello España, en genérico, y los españoles, individualmente, se quedaron no sólo sin sus realizaciones, con todo lo importante que eso pueda ser, sino, y mucho más trascendente, sin los mejores maestros.

Tanta España — señala Angel González — se iba de España con aquellos españoles que la emigración, más que un fenómeno exclusivamente humano, fue una especie de catástrofe ecológica: un gran desprendimiento de tierra¹.

Gonzalo Torrente Ballester, inmerso en la vorágine totalitaria, señalaba por entonces en la revista “Tajo”², que un 90% de los intelectuales españoles había partido para el exilio. Creo que es un hecho éste, que quizás por obvio ha quedado sin ser estudiado y resaltado lo suficiente. En lo tocante a las letras, el Grupo del 27, los novelistas maduros, gran parte de los mejores estudiosos de la lengua y de los críticos literarios se van. Y esa ausencia no sólo será física, sino que también su voz será silenciada. Esta carencia es particularmente importante como señala Georges Steiner:

Silenciar el verdadero pasado, erradicar los nombres, acciones y los pensamientos de los muertos indeseables es una tiranía particularmente horrible. Practicada rigurosamente, esa tiranía separa radicalmente a la humanidad, o a ciertas sociedades de las

¹ “Spagna Contemporanea”, 1992, n. 1

responsabilidades básicas del duelo y de la justicia. El hombre es vuelto a colocar en un paisaje sin ecos³.

La historia de España como un gran teatro del mundo barroco se vuelve apariencia, gigantismo de salitre y cartón piedra, queda detrás, petrificada, opaca, vuelta muda y convertida en enigma de la Esfinge destructiva, condenada con la maldición de la mujer de Lot.

Este hecho que conforma una parte de aquel vacío no lo es todo. A través de la crítica, de la represión y del control de los medios de difusión de esta época, sólo tienen acceso a las publicaciones los del bando victorioso. El panorama de la cultura española se veía reducido a unos pocos nombres, la mayoría sin vigencia, se desorbitaba el valor de otros y finalmente se parcializaba, cuando no se acallaba, el valor de los que lo tenían. Léase como ejemplo de distorsionamiento el prólogo que Dionisio Ridruejo escribiera para la primera edición de Antonio Machado en la posguerra, publicado en el Cuaderno 1 de "Escorial" con el título *El poeta rescatado*, o reléanse los libros de texto de literatura, ver obra de Fernando Valls, para comprenderlo. La situación de la enseñanza que va a formar la conciencia de los jóvenes españoles la expresa Ridruejo con las siguientes palabras:

La investigación y la enseñanza se convierten en empresas oficiales de un estado dogmático que con frecuencia las delega a una iglesia de Cruzada. Sin duda se emplea un considerable arsenal de aportaciones materiales para restaurarlas, pero su vida interior es enteca, confinada, censurada y dirigida a sus fines por algo muy distinto del impulso libre sin el que toda vida intelectual tiende a hacerse rústica o de mero oficio⁴.

A este caldo de cultivo de la esterilidad se suma la influencia negativa de unos medios de comunicación amordazados por la consigna y el miedo, por el ambiente controlado, por el impuesto tradicionalismo reaccionario, por la negación de toda idea de evolución, en la vida, en la cultura y en las artes (realismo trasnochado en literatura y las artes plásticas: «Nosotros, ya está dicho: el Edicto del Pretor, el Edicto del Pretor», proclamaba ufano Eugenio d'Ors), ambiente de «cerrado y sacristía», impuesto desde la oficialidad. Añádase a ello la represión física e intelectual; la ausencia de información y su sustitución por la manipulación y deformación sistemáticas; ocultación de la realidad interna y externa del país: «La ortodoxia en el periodismo de la nueva España puede ser vanidad y soberbia intolerables, enemigas de las nobles y poderosas razones del Estado»⁵; creación de una falsa historia, de una pseudoliteratura, de un arte subordinado al sistema y de un folklore artificial, estereotipado e impuesto desde la oficialidad. La supresión de los carnavales, la normativización de la fiesta y la creación de falsas tradiciones que intentan

ahogar las auténticas, son otras tantas manifestaciones del intento de manipulación de las conciencias. Algo que es bastante más importante de lo que el hombre normal pueda pensar pues, como señala Mircea Eliade,

se puede decir incluso que el único contacto real del hombre moderno con la sacralidad cósmica se efectúa por el inconsciente, ya se trate de los sueños y de su vida imaginativa, ya de las creaciones que surgen del inconsciente (poesía, juegos, espectáculos, etc.)⁶.

La fiesta permite revelarse, comunicarse, dialogar, reconocerse; desaparece el orden, las jerarquías habituales, la sociedad y el individuo se liberan de las normas a que ha sido sometido, exactamente lo contrario de la férrea disciplina represiva, no sólo en cuanto a las leyes sino de la vida misma, del sistema. En fin, la creación de una vida pública y pseudointelectual raquíca e inane organizada por artificiales instituciones culturales, cuyos regentes eran nombrados, más que por su valía personal, por sus adhesiones ideológicas y políticas; soportada individualmente en una intimidad anhelante de inseguridades y miedos.

Otro hecho que nunca debe olvidarse al intentar cualquier desmitificación es la existencia de una vergonzosa y larga dictadura que actúa como medio de separación y de contención, y que en estos primeros años intenta imponer por la fuerza un sistema totalitario: «España se organizará dentro de un amplio concepto totalitario», declaraba Francisco Franco en Radio Castilla de Burgos.

Señala Sanz Villanueva que

a partir de la victoria “nacionalista”, se produce una estrechísima relación entre el nuevo ordenamiento político y la vida intelectual. Tan íntima que, en verdad, es preciso hablar de una dependencia absoluta establecida, a veces, con una simple intencionalidad propagandística y, otras, con el propósito de crear unas formas culturales características del nuevo orden sociopolítico, las cuales se sustentan (...) sobre una ruptura con el pasado inmediato⁷.

Su acción es directa muchas veces, pero sobre todo es intrínseca; su misma presencia coloca al individuo en una posición antinatural. El estado totalitario es como la Esfinge mítica, la apariencia de un bello rostro femenino, lenguaje manipulador, oculta un monstruo insaciable que responde con la muerte a quien se acerca a su alrededor. Contra el estado totalitario se consumen gran parte de las energías, normalmente las mejores, en la supervivencia, en todo el significado de la palabra, material y espiritual. Cuando alguien se concentra durante tanto tiempo en una preocupación, o lucha prioritarias, ya no la preocupación por un sistema político sino por la misma dignidad humana, en algo ciega y en algo hace olvidar otros horizontes por no vistos o por

parecer menos importantes en el momento histórico. Y no es de despreciar a la hora de hacer balance esta confesión de Miguel Delibes: «Más grave que la misma dictadura resultaban a menudo las pequeñas dictaduras que aquella generaba, y ante las cuales toda persona, física o moral, quedaba indefensa»⁸.

El proyecto franquista era inicialmente un proyecto fascista, o totalitario, delimitado por la ideología de la Falange, adobado con algunos toques del más integrista catolicismo de los requetés y con una buena dosis de revanchismo de la burguesía. La conquista del Estado burgués realizada por las armas se pretende redondear con la instauración de un nuevo corte ideológico impuesto desde la fuerza del poder. Para ello se

trata de crear todo un conjunto de verdades, de connotaciones, de saber y de información, de cara a conseguir la creación de una conciencia social afín, o al menos de una conciencia social congelada, paralizada, que no pueda generar una energía histórica de cambio, una réplica que lleve a la destrucción de ese Estado⁹.

Este es uno de los puntos en que más hay que insistir si se quiere entender la raíz del problema con que se van a encontrar los españoles y los escritores de aquella época. Y creo que es importante no separar a los unos de los otros, pues ahí es donde se desenfocará el problema en una falsa esquizofrenia con la creación de ese mal llamado «exilio interior», que no es sino extrañamiento.

El amordazamiento de la prensa fue una de las tareas que fue llevada a cabo con el máximo rigor. Tras la depuración de todos aquellos periodistas sospechosos de ser capaces de tener ideas propias, de no sujetarse ciegamente a las consignas de «la “Gaceta de la Prensa Española”, donde se reduce a consigna todo cuanto queremos para nuestros periódicos y nuestros periodistas» (los otros, evidentemente no existen), proclama el inevitable Juan Aparicio, de no acatar el periodismo como parte de guerra, de no adivinar el carácter militar de aquel tiempo, de no subordinarse a una disciplina de servicio que comienza reconociendo la grandeza y la servidumbre de su misión para terminar ungiéndose sacramentalmente con un juramento que reza así:

Juro ante Dios, por España y su Caudillo, servir a la Unidad, a la Grandeza y a la Libertad de la Patria con fidelidad íntegra y total a los principios del Estado Nacional-sindicalista, sin permitir jamás que la falsedad, la insidia o la ambición tuerzan mi pluma en la labor diaria

(bien explícita esa igualdad establecida entre Patria y Estado Nacional-sindicalista). Del estado de la prensa en esta década nadie mejor ni más adecuado que estas autorizadas palabras, cita un poco larga pero bien sustanciosa, del Delegado Nacional de Prensa Juan Aparicio en 1943:

La Prensa, concebida como instrumento de la atomización de nuestro Continente, tenía que doblarse al triunfo político de las revoluciones nacionales en Europa, que significan, entre otras virtudes, la unidad europea. La prueba más palpable de que la presente Revolución española es una auténtica Revolución nacional nos la ponen delante de los ojos los periódicos de las cincuenta provincias de España. Aquí existe un hombre nuevo — el periodista español del minuto actual —, que ha construido una unánime Prensa española a la altura de las circunstancias del mundo. Se alejan las jornadas de 1934, en las que podían publicarse — por ejemplo — en Soria cuatro y en Tortosa tres periódicos diarios, que eran los portavoces de los sorianos y de los tortosinos, partidos y repartidos en ligas y banderías. Ya no rige el mito de la libertad de Prensa, sino la verdad dogmática de la comunidad de la Prensa española para fines espirituales, trascendentes y educativos. La Prensa está en orden, dentro de su orden fundamental y eterno para servir a Dios o para servir al César, como en los tiempos del mismo Julio César o de nuestra gentil Isabel Clara Eugenia, la novia de Europa, cuando aquella Europa comenzaba a ponerse en desorden¹⁰.

Otros elementos no menos importantes para calibrar la temperatura de la cultura española eran el cierre hermético de fronteras, con la consiguiente reducción de los horizontes culturales y la creación de una sociedad autárquica en lo económico y en todos los demás terrenos, que deriva en inestabilidad y empobrecimiento; la ausencia de todo tipo de libertades públicas y privadas; el sometimiento de la mayoría de los intelectuales que quedaron en el país al poder político, al silencio o a la peligrosa intemperie; y finalmente, la censura, otro elemento negativo que no debe olvidarse nunca en el estudio de esta época de la dictadura.

1. *La censura*

El área de la censura es triple: política, religiosa y de costumbres, a la que hay que añadir la que directa o indirectamente se realiza a través del copo de medios de producción cultural por parte del estado (en manos del mismo, de empresa depurada o, en el mejor de los casos, amordazada), más la realizada por el poder judicial (no legítimo) aplicando a su discreción las leyes de guerra y, cuando no, las de un estado policial sin ninguna garantía jurídica, con el miedo alojado entre los huesos en una sociedad delatora que, a su vez, incluía los usos de procedimientos coercitivos de convencimiento muy al estilo fascista¹¹. El ensañamiento de la censura es total en la primera década (años 40), con una Ley de Prensa redactada por Serrano Suñer (entonces Ministro del Interior) en plena guerra civil, 22 de mayo de 1938, y que subsistirá hasta el 18 de marzo de 1966, en que Manuel Fraga Iribarne redacte otra «nuestra admirable ley de Prensa actual», proclama Manuel Prados en la obra citada, que vino «a reafirmar para siempre la grandeza de una profesión misionera, a

reglar la función periodística, a simplificarla, a ponerla, en suma, al servicio del Estado». Veintiocho años de control de una ley que insistía en su «carácter provisional» y exigida por «la gravedad de la situación del país, aún en guerra, y por la necesidad de salvar a la Nación de los peligros que la amenazan», que impedía «cualquier posibilidad de intoxicación del pueblo por las ideas perniciosas del marxismo internacional». Valgan como muestra estas palabras de Miguel Delibes, de cuya ecuanimidad parece difícil dudar, al tocar el tema de la censura de prensa:

al periodista español se le ofrecía la magnánima alternativa de obedecer o ser sancionado. Las disposiciones de la nueva ley no dejaban el más mínimo resquicio a la iniciativa personal (...). Hoy, después de revisar centenares de papeles que se conservan en el archivo de mi periódico, observo que el montaje censorio de aquella primera etapa de la postguerra civil fue tan metódico que cuesta trabajo imaginar un aparato inquisitorial más coactivo, cerrado y maquiavélico. De la Delegación Nacional de Prensa llegaban a diario consignas referentes no sólo a lo que era ineludible publicar sino también a la forma en que debería hacerse y a lo que de ninguna manera debería ser publicado¹².

No difieren demasiado estas palabras de Delibes de estas otras formuladas en 1943 por un falangista autor de una obra en la que se justifican esos hechos con evidente orgullo:

La Prensa española es hoy más libre que nunca... La consigna, repartida simultáneamente a los periódicos, los unifica, los dignifica y los orienta hacia un solo amor esforzado... La consigna, dentro de la disciplina de la Falange, es no sólo útil y respetable, sino también honrosa¹³.

Además de la tortura que supone la propia censura, hay que destacar el estado de opinión que ofrece este tipo de información mendaz y desequilibrada tanto en el creador como en el público, elemento éste que es necesario en la obra literaria.

No debe olvidarse la importancia que ha tenido en este país el “Índice de libros prohibidos” de la Iglesia. El propio Dionisio Ridruejo que vivió esta situación desde dentro nos confiesa que «la investigación y la enseñanza se convierten en empresas oficiales de un Estado dogmático que, con frecuencia, las delega a una Iglesia de cruzada»¹⁴. Por una parte el peso político de la Iglesia en el control de lo que se editaba, por otra la sumisión de gran parte del público a los dictados y recomendaciones de la misma. Trasgredir dicho “Índice” significaba la excomunión, amén de las múltiples posibilidades coercitivas y didácticas que sobre el público tenía la iglesia. Este subsiste hasta finales de los 60.

Esto era parte de lo terrible de la censura y así lo enjuiciaba Castellet pocos años más adelante cuando afirmaba en "Laye" que «es causa directa de una literatura neutra, aséptica, que nace muerta, abortada»¹⁵, que provoca un estado de cultura tipificado y desastroso. Estas circunstancias llevan al silencio a muchos intelectuales y artistas, al subempleo amordazado para sobrevivir materialmente, al autodidactismo de los jóvenes, improvisador en general, y donde la información válida debe transmitirse casi de boca a boca, de facultad a facultad..., en muchos casos tan celosamente guardada que ni a los más íntimos se les contaba las propias andanzas para autoprotegerse y para proteger a los otros. Este es el verdadero drama de la censura, no el número de líneas tachadas o círculos rojos (curioso termómetro de indeseabilidad para el régimen) que apareciesen en un original, o las posibilidades y frecuencia con que se burlaba a los, generalmente, ineptos, obsesos sexuales y furibundos anticomunistas censores. La censura de aquellos primeros años generó un alma muerta, un desencanto, un fatalismo que producirá sus frutos envenenados en la década siguiente.

También es notable la frecuencia del tema de la infancia, como si ésta fuera preferible al mundo responsable de las personas mayores. Censura que pervivirá esterilizando el futuro. Así Dionisio Ridruejo, que había sido censor en los años 40, hizo notar que, a pesar de su labor de denuncia, las novelas del realismo social fueron aprobadas mayormente por el censor, quien opinaba, con razón, que su fatalismo no conducía a la acción política sino a la inercia¹⁶.

La censura es, pues, uno de los causantes del extrañamiento, del tiempo de silencio, de esterilidad, de oscuridad y de opresión de la dictadura.

No hemos acabado con el tema: falta la autocensura, que tiene algunas caras más de aquellas con que normalmente se presenta. Se suele entender por tal la acomodación de lo escrito a lo que posiblemente sea dado por válido por el censor. Esta es evidentemente una de las caras, pero es también «el recorte de la libertad hasta lo posible», y ahí es donde adquiere otras significaciones e imprime otras carencias: las que imponen los respetos y convicciones, las que provienen de nuestras propias inhibiciones y de la socialización de la propia conciencia, las que provienen de la educación, las presiones ideológicas y ambientales, como muy bien lo ve y describe Juan Goytisolo:

Oriundo de la burguesía en el noventa por cien de los casos el intelectual español presenta algunos de los estigmas de ésta más otros que le son propios. Odiado por su clase, ignorado por el pueblo, su destino es con frecuencia, dramático... Unido al mundo burgués por sus costumbres y al pueblo por sus sentimientos no pertenece verdaderamente ni a uno ni a otro. El conflicto diario entre las ideas y los hechos, los

principios teóricos y los necesarios compromisos con la sociedad en que vive agravan todavía su crisis moral¹⁷.

Todas estas formas de autocensura son difíciles de percibir porque uno se ha criado en ellas y no tiene otro medio de referencias, ni siquiera la posibilidad de la crítica en cualquiera de sus aspectos, que no funciona y debe aprenderse por cada cual. A este respecto afirma Steiner que

toda identidad es una declaración activa... Nosotros somos lo que somos en la medida en que nos declaramos a nosotros mismos, y estamos seguros totalmente de nuestra existencia cuando otras identidades captan nuestras señales de vida y nos las devuelven.

Un ejemplo de señales de individualización elemental:

Soy, estoy en este sitio, pertenezco a esta época...Lo que no puede ser comunicado, lo que no puede declarar su existencia ontológica y sus mínimas exigencias, no está vivo¹⁸.

Las proposiciones literarias solo tienen sentido y significación en la medida en que pueden ser verificadas, y la verificación es necesariamente social. Ahí está el corazón del drama palpitando en el silencio. He aquí la transcendencia de la autarquía cultural, moral y de costumbres que genera un ambiente de modelo único, cerrado y asfixiante; así como las autolimitaciones provenientes de una educación deficiente, limitadora y constreñida. Otra de las consecuencias de la censura es el rechazo de ciertos temas. Puede ser obligado o no, consciente o inconsciente. Hay temas que se rechazan por repugnancia moral con relación al presente, otros por pura imposibilidad de ser tratados, algunos porque no se llega a ellos cuando las energías se deben centrar en otros... Uno nunca sabrá, y los demás menos, si no habló de ciertos temas, de ciertas gentes, porque no quiso o porque asumió los dictados de su subconsciente de que no debía o podía querer. Más los que enmudecieron física y moralmente¹⁹.

Permítaseme resaltar la negativa peculiaridad de la censura teatral. Al ser el teatro un acto público, corrió con una censura más férrea, más tenaz y persistente, más prolongada, además de tener que soportar los mismos impedimentos que los demás géneros artísticos. Si se tiene en cuenta la pertinaz acción censorial ejercida sobre el teatro durante la dictadura, habría que declarar que el mismo es el arma fundamental para rebelar a un pueblo. De la efectividad de la represión intelectual durante muchos años, Lauro Olmo ha llegado a decir con sorna macabra que «los intelectuales españoles tienen el mismo sino que los gitanos: vivir perseguidos por la guardia civil». La censura teatral fue tremenda y discriminatoria.

Podemos afirmar, sin temor a ser inexactos o injustos ni incurrir en juicios temerarios, que la mayoría de obras propuestas a censura por los nuevos dramaturgos no superaron los trámites oficiales y casi todas ellas están prohibidas²⁰,

declara Ruiz Ramón alargando sus efectos a las décadas siguientes.

Cuando se habla de censura se tiene normalmente presente al escritor y es un grave error olvidarse del público. La censura es un acto perverso «per se» que no sólo influye directa y negativamente en el escritor, sino que lo hace de una forma aplastante y demoledora sobre el público, repercutiendo esta incidencia nuevamente y de otra manera más sobre el escritor. Este hecho debe ser tenido en cuenta, no sólo porque en este siglo la relación autor-público es cada vez más estrecha por vías comerciales y publicitarias, sino porque el público es un factor inherente a la obra literaria. Ese término, tan cacareado y muchas veces erróneo, de “exilio interior” quiere expresar las más de las mismas esta disociación entre creador y público, la ausencia de un espacio para dialogar, o sea, para que la experiencia literaria se convierta en obra. La espada de Damocles de los tribunales acabará por extrañar al escritor no sólo de la realidad sino también del público, necesario para dar sentido a la obra literaria.

Como se puede observar en un análisis somero o profundo, las comunidades de lenguaje, de cultura y de evidencias han quedado rotas y la comunicación del escritor con su público resulta por esta parte muy difícil, descontando lo poco que era posible comunicar. No sólo el lenguaje impone el grupo al escritor, géneros y formas también son exigidas y determinadas por el contexto social. Esto les sucede a los escritores de postguerra. Ya hemos visto que en general el género predominante es la poesía. La situación de tragedia y angustia necesitaba voces líricas de consuelo, de evasión o de encendidas proclamas de fe, de odio, de ira. No estaba el tiempo para ficciones, realismos, epopeyas, hazañas o aventuras. Cada uno vivía la suya y, muchos de prestado, un montón a su alrededor. ¡Qué mejor escenificación que el cada día!

Añadamos, todavía, — advierte Sanz Villanueva — que la literatura extranjera de consumo que se traduce (que es la única que llega al público en general, añadido yo) — en especial un tipo de novela-río, cosmopolita y evasiva — contribuye poderosamente a configurar un determinado gusto en el público lector que, de modo inevitable, actúa sobre las posibilidades creativas — en particular en el terreno de la forma — de nuestros escritores²¹.

A esto se debe agregar el medio defensivo de comunicación llamado “lectura entrelíneas”, más desarrollado en las siguientes décadas, pues en ésta las posibilidades de publicación eran bien escasas, y que poco a poco todos empezarían a dominar, sí es cierto, pero no lo es menos que las sugerencias debían manejar un sistema de referencias sencillo y aún así no dejan de ser un terreno nebuloso y

resbaladizo. Por otra parte, esta complicidad entre los escritores y público no dejaría de mostrar el agotamiento de las esperanzas de un pronto cambio y de algún modo, una aceptación del sistema mismo, aunque sea desde la perspectiva de cambiarlo o dinamitarlo, según preferencias personales. Algunos así lo vieron más adelante y empezaría a gotear un nuevo exilio²².

No hay que olvidarse que esta historia a algunos españoles les puede parecer falseada, pues a ellos no les pasó eso; estaban en el carro vencedor. Otro detalle que no debe olvidarse es que cuando los del carro vencedor echan una mano a los de a pie siempre pide la abjuración del error. Y para no ser mi voz la que saque las consecuencias de esas limitaciones le cedo la palabra a Antonio Buero Vallejo que lo conoció mucho mejor:

Empezaba entonces, aquí y allá, la penosa reanudación de las actividades literarias por parte de quienes, vencidos, intentaban proseguir. Las dificultades eran muy grandes: todo estaba en manos de los vencedores. Cuanto se editaba pasaba por la muy rigurosa censura del momento. Ante tales obstáculos, muchos de los escritores derrotados que no pudieron escapar al extranjero se resignan al silencio; otros lo asumen como un deber, como la única victoria que les resta. Algunos se allanan a escribir y publicar degradándose, para lograrlo, a las más tristes palinodias. Pero otros, bajo el forzoso embozo, que impone a sus palabras la nueva situación, emprenden el más difícil de los caminos — y el más necesario —: el del salvamento ideológico y cultural, desde dentro de las estructuras editoriales controladas por el Régimen, ya que no hay otras. Arrostrando las incomprensiones de otros derrotados y las perplejidades de su propio pensamiento a cada paso que dan en vía tan compleja...²³.

2. *Mito y olvido*

Acoger en la propia vida las manifestaciones del mito significa adoptar una postura irracionalista. Una parte de dichas manifestaciones parece ser necesaria para soportar la realidad; inundar la propia existencia de las mismas es vaciar la conciencia de su propia identidad. Esto segundo es lo que intentan, y se consigue en gran parte, aquellos que manipulan o tecnifican (en terminología de K. Kerényi)²⁴, las manifestaciones de los mitos haciéndolas pasar por la realidad misma (el exceso de mitos en una sociedad ya es de por sí una manipulación de la misma, algo que como veremos se produce en la sociedad española de la postguerra). Así, los mitos, no genuinos o tecnificados, tergiversados con determinadas finalidades (control ideológico que es sinónimo a uniformización alienante como camino del control del poder) y deformados por las propias enfermedades o culpas (complejos varios de inferioridad), suponen un tipo de irracionalismo que, parafraseando antitéticamente a T. Mann, lleva inequívocamente a todo abuso reaccionario. El totalitarismo utiliza el mito como ficción, como ilusión; pero pretende pública-

mente que sus mitos son «tradición sagrada, revelación primordial, modelo ejemplar». La ideología franquista, si así puede llamarse, es esencialmente un lenguaje mitificador que intenta instaurar una visión del mundo uniforme y petrificada mediante un sistema de comportamientos y de sentimientos que sean calco de un modelo establecido como sagrado e inviolable. Estos modelos se generan por el camino de la mitificación ilusoria equivalente al engaño consciente, la mentira inconsciente o al autoengaño.

Uno de los componentes fundamentales del mito es, según Mircea Eliade, que sitúa los acontecimientos «en los comienzos», en un instante primordial y atemporal, en un lapso de *tiempo sagrado*. Con ello, arcaizándose y deteniéndose el tiempo del presente, se coloca al individuo, tanto recitador como oyente, en aquel no-tiempo (de ahí la recurrencia superabundante del discurso público de los años 40 a todos los elementos del campo semántico de eternidad), y al margen de cualquier proceso evolutivo; anulando el tiempo se anula la idea de evolución y se estanca el proceso de la historia en las esencias.

Esta constatación importa, porque de aquí se sigue que el recitado de mitos no sea inocuo para quien recita, ni para quienes escuchan. Por el simple hecho de la narración de un mito, el tiempo profano — al menos simbólicamente — queda abolido: recitador y auditorio son proyectados a un tiempo sacro y mítico (...). Por el simple hecho de escuchar un mito, el hombre se olvida de su condición profana, de su “situación histórica”, como hoy se dice²⁵.

De esta manera, cuando el recitado de mitos intoxica el código lingüístico y el de valores de una sociedad, el hombre que en ella habita es empujado inexorablemente al filo de la alienación, porque se le descontextualiza impidiéndole ver la propia realidad que se hurta a sus ojos cubierta por otra manipulada; de esta forma, el hombre se vuelve inoperante para entender y rebelarse contra la realidad que le circunda.

El proceso mediante el cual las imágenes y verdades míticas tecnificadas se imponen a la colectividad es anulando el mundo de la consciencia e invadiendo el del inconsciente. Esto constituye un determinante de deshumanización y de anulación del equilibrio humanista entre el inconsciente y la consciencia que supone el mito genuino, en terminología de Furio Jesi. El mito genuino, señala dicho autor, por brotar espontáneamente de las profundidades de la psique, determina en el nivel de la consciencia una realidad lingüística de carácter colectivo, es decir, «un único mundo del cual participan todos conjuntamente» (Heráclito). Esa realidad lingüística, con su estructura, anula el predominio del inconsciente y el eventual aniquilamiento de la consciencia por aquél. De esta forma el mito genuino integra en la colectividad a la vez que permite un estado de vigilia de la consciencia, o sea, de libertad.

El manifestarse en su objetividad “natural”, propio del mito genuino, no contrasta en modo alguno con las funciones de la conciencia ni debilita la fuerza de ésta, permitiendo a la estructura de las imágenes evocadas — en que descansa tal fuerza — salvaguardar, junto con el carácter colectivo de la realidad lingüística de que participan, el equilibrio “humanístico” entre conciencia e inconsciente²⁶.

En cambio, el mito no genuino, o tecnificado, no posee carácter colectivo, porque sólo lo son sus manifestaciones de quienes lo deforman, o evocan, con determinados fines y, por tanto, su realidad lingüística está manipulada y es particularmente subjetiva. De ahí que el lenguaje público o impuesto es un lenguaje subjetivo, y esta subjetividad rompe el código colectivo anulando su capacidad comunicativa.

El mito tecnificado — señala Jesi — al suprimir el valor colectivo y objetivo del proceso cognoscitivo y lingüístico, conduce al hombre al “estado de sueño” y abre la vía al predominio del inconsciente²⁷.

La memoria colectiva queda alterada por el proceso de mitificación tecnificada, con lo que dicha memoria colectiva se convierte en una calamidad que ejerce una influencia negativa sobre las posibilidades culturales esterilizando las posibilidades nutritivas que deberían surgir de la colectividad y del medio. El uso que se hace del mito en la ideología totalitaria, y por tanto en la situación española de los cuarenta, es, en el propio lenguaje público, el de salvar al hombre de su condición humana, que en este caso es sinónimo de anular su individualidad, para incorporarlo en ese presente eterno del milenarismo, donde el individuo ya no es un caso aislado sino un participante del orden universal, que es lo mismo que imponer una visión organicista en que el individuo no vale en tanto su individualidad sino en cuanto el lugar que ocupa en ese orden preestablecido y jerarquizado, que es sinónimo de metamorfosear la identidad en uniformidad. Como buena prueba de ello véase la introducción en el lenguaje político del franquismo del término “orgánico” como definidor fundamental del sistema, opuesto a “inorgánico” como sinónimo de democracia, caos, desintegración, liberalismo, etc.

Mientras que el pasado con el que se establece contacto mediante el mito genuino es “verdaderamente” el pasado, es decir, una realidad viva y genuina de la que el lenguaje saca elementos de valor objetivo y colectivo, el pasado que perdura en las imágenes del mito tecnificado no es más que una supervivencia deforme, subjetiva, en la cual los tecnificadores han proyectado sus culpas y sus males por disponer de un “precedente” mítico de éstos, eficaz como instrumento político. El lenguaje que se alimenta de estas deformes supervivencias del pasado es, también él, necesariamente deforme²⁸.

El pasado es para el hombre la isla o la tierra firme desde la cual intentar la aventura del futuro, para ello el mito genuino acerca al pasado, religa al hombre con su propia identidad (no se olvide nunca que la identidad privada tiene un doble componente inextricable: individual y social) en el proceso cambiante de la vida, o sea, de la aventura existencial que es el vivir, que es aventura de futuro; a la vez que religación, el mito genuino es fuente vital de curación: la memoria es el bálsamo de la realidad. El líder, en nuestro caso el caudillo, lo que hace es manipular esa doble función para anular la amenaza de las furias vengadoras que le persiguen con el complejo de culpa negándose a aceptar el presente y la realidad e interponiendo ante su vista una idealidad ficticia, un espejismo de idealidades depurador. Primero, esto se realiza cortando ese cordón umbilical con el pasado dejando al hombre a la intemperie desalojada de su vagabundeo existencial; segundo, desalojando la memoria de su función para colocar en su lugar un ilusorio pasado estático hacia el que se debe caminar, invirtiendo así la aventura de futuro en una regresión a la nada. Lo que era bálsamo, que en sí es cura de enfermedad, tránsito a lo natural, se convierte en estado permanente de enfermedad, consistente en la anulación del yo en la realidad, instalando al hombre en la ilusión de la realidad manipulada desde fuera, o sea, alienada.

La mitificación inundó hasta el último rincón de la sociedad española totalitaria (u orgánica, jerarquizada, autoritaria y dictatorial por vía militar), no dejando campo ni parcela, por mínimo que fuese, sin ocupar con sus creaciones. Los mitos fueron el camino de la justificación y de la legalización de una situación injusta e ilegal. Por otra parte, invadir la cultura, las mentalidades y las conciencias de un mensaje reaccionario sobre el que instalar las bases del poder es otra de las funciones del mito: «El recurso al mito en el lenguaje de la propaganda política es un elemento constante, y es siempre — por su misma naturaleza — un elemento “reaccionario”»²⁹. Pongamos algunos ejemplos al azar de entre la multiplicidad de mitos que empapaban la vida del español de aquellos años. Por ejemplo, la mitificación del caudillaje: «Francisco Franco, Caudillo de España por la Gracia de Dios», rezaban las monedas de la época; el mismo dictador hace suyo el artículo XI de la Falange para afirmar reiteradas veces que él sólo responde «ante Dios y ante la historia». Aquí el mito se utiliza para presentar un modelo ejemplar, que en los sistemas totalitarios es el líder, el caudillo; y no sólo eso, sino «por la Gracia de Dios», es decir, que su autoridad queda legalizada y respaldada, amén que se vuelve incuestionable. Además con el mito se logra instaurarlo en la conciencia de la colectividad como verdad apodíctica, porque es la suma de las revelaciones primordiales del Ser, con lo que se da una legalidad a la situación y una explicación al origen del poder. Los personajes del mito son dioses o héroes de una historia sagrada, con lo que la analogía justifica y valora la presencia del

caudillo. Un componente fundamental del mito es el misterio, es revelación, por tanto verdad incuestionable.

Los mitos revelan, pues, la actividad creadora y desvelan la sacralidad (o simplemente la “sobre-naturalidad”) de sus obras. En suma, los mitos describen las diversas, y a veces dramáticas, irrupciones de lo sagrado (o de lo “sobre-natural”) en el Mundo³⁰.

Ese acercamiento, hasta fusión podría decirse en un principio, del totalitarismo español hacia el espíritu y su representante en la tierra, la iglesia, subraya un hecho fundamental del mito, éste es que al ser éste historia sagrada, es, por tanto, historia verdadera y por tanto se convierte en modelo ejemplar.

Otro de los mitos más recitados es el del mesianismo de un tiempo nuevo con su parafernalia de auroras, amaneceres, primaveras, reverdecederes, etc., «que corresponde a un tiempo nuevo de regeneración y emancipación: un tiempo heroico, juvenil, revolucionario, convulsivo». Junto a él, el mito del fatalismo hispánico acompañado de otro que podríamos enunciar como «los españoles somos diferentes»; la diferencia que justifica cualquier comparación odiosa y cualquier crítica, interna o externa, de la situación. Tras ellos está instalado el gran mito de la esencia de lo español o del carácter nacional con un pasado mítico reinventado, revalorizado y glorioso con el que ocultar la trágica realidad y negar el verdadero pasado. De él señala Julio Caro Baroja,

que todo lo que sea hablar de “carácter nacional” es una actividad mítica; es decir, que el que habla o charla se ajusta a una tradición, más o menos elaborada, sin base que pueda apoyarse en hechos científicamente observados y observables, tradición que tiende a explicar algo de modo popular y que de hecho cambia más de lo que se cree o dice. El mito es favorable o desfavorable, según quien lo elabora o lo utiliza, y puede degenerar en verdadera manía. No es verdad ni mentira. Es reflejo de una posición pasional frente a situaciones consideradas buenas o malas, para el que lo utiliza³¹.

En los 40 se lleva el mito de la esencia y del carácter nacional a su cenit para justificar, como ya hemos apuntado, la unicidad («Una, grande y libre»), la diferencia (con respecto a todo lo extranjero), la cerrazón en sí misma.

Como ejemplo de la propia época valga *La voz de los mitos. Grandeza y servidumbre del hombre*³², donde don Juan «es la gracia y el encanto de nuestro sueño español que nos dio el impulso y la sangre de empresa y de conquista, conquista de algo» (p. 19); don Quijote afirma que «también tengo la sangre y el valor del suelo hispano. No heredé la gracia, pero sí la fiebre de la conquista» (p. 20); donde doña Inés presenta el amor como «una resonancia eterna, ésa sólo se encuentra en el principio espiritual que nosotras representamos» (p. 27); la misma, junto con Margarita, la de Fausto, anuncia: «Nosotras

tras hemos señalado el camino inmortal: la gloria eterna» (p. 29); donde Hamlet presenta a la mujer como:

¡Extraño error! ¡La mujer! Pobre ser que transmite la vida y el dolor; que transmite y hace perenne la carne y las formas perecederas y la muerte, en suma. Idos, idos todas al convento. Allí encontraréis los caminos eternos sin buscarlos a través de la carne mortal (p. 35).

España para Hamlet es la suma de don Juan y don Quijote: «los dos os completáis, que sin los dos España no existiría. Creo que sois la raza y el carácter, la vida y el espíritu de España» (p. 42); etc.

Con una incidencia directa en la escritura debemos añadir la instalación de ese lenguaje público del que ya hemos hablado: lenguaje eternizador y falsariamente espiritualizante e idealizador. En poesía tuvo especial vigencia el mito de un Dios acogedor y desmemoriado para los que se apuntaron al bando victorioso, que tuvo su réplica en un Dios sordo para los que miraban la realidad de frente. En esos años, apuntaba Gil de Biedma, el vocablo Dios recorrió todas las posiciones del verso castellano. Ricardo Gullón lo señalaba de esta otra manera:

Y en ese mundo («Un mundo como un árbol desgajado»), en esa generación no sólo desarraigada sino en parte aniquilada, el presentimiento cuando no el sabor de la muerte era constante. La muerte ya no era tema, sino experiencia. Pensar en la eternidad cuando las ruinas exigían urgente apuntalamiento y reconstrucción pareció una cobardía, y la palabra Dios empezó a sonar como una coartada... Pero Dios callaba tenazmente y la voz del pueblo, por cuyo camino dicen que se manifiesta, estaba apagada por la censura, por los burócratas empeñados en la absurda tarea de poner a Dios al servicio de los políticos³³.

Finalmente, podemos enunciar unos cuantos más para que quede constancia de lo granado de esta cosecha: el abuso de términos como libre o libertad y todo su campo semántico como sinónimo de sometimiento ciego y absoluto a las consignas del poder; la conspiración judeo-masónica y del comunismo internacional para derribar las esencias patrias; España como reserva espiritual de Occidente; el valor de la raza; la salvación de la Patria, etc.

Los totalitarismos son credos obsesivamente unitarios y uniformadores. Y la *unidad* va a ser uno de los conceptos básicos de la vida española de aquellos días como bien patente queda en el lema adoptado por el español: «Una, grande y libre». La repugnancia por la diversidad y el pluralismo se mostrará en la obsesión por la unidad, sinónimo de uniformidad. No sólo por el gusto externo por los uniformes, sino en el intento más profundo de conseguir la

uniformidad de conciencias. El fascismo es una ideología de dominación y competencia, señala W. Reich.

La dominación elimina en el otro su carácter de distinto al dominador, le convierte en una cosa, en un espejo del dominador (...). El tiempo que trata de instaurar la revolución totalitaria es absoluto e inmóvil, insuperable. Se trata del propio del "mito" y de la "utopía". Utopía y mito son dos elementos integrantes de la pretensión totalitaria³⁴.

En todo caso será de la utopía reaccionaria, o sea, de la antiutopía. En el fascismo hay mito pero no utopía. Utopía es realidad, pensamiento terreno, no idea ni quimera; mientras que el fascismo es, además de mito tecnificado, por definición antiutópico, Quimera y, más que idealista, ideático. Si la utopía proyecta al hombre hacia el futuro y es un elemento decisivo en la dinámica histórica, el fascismo impone un presente perpetuo, es reaccionario, ahistoricista y sitúa al hombre en un terreno de irrealidad, con lo que difícilmente puede conseguir el mejoramiento de las condiciones concretas de la vida, que es otra de las consecuencias de la utopía. De ahí que el lenguaje totalitario lo que hace es desconectar al lenguaje de la realidad convirtiéndolo en evidencias, además de sumar significado y valor, con lo que se dificultará enormemente la posibilidad de comunicación del escritor con el público.

Por otra parte,

el mito es la alienación trascendida y olvidada. Por el mito el hombre se desentien- de de su alienación, para representarse en los otros (...). Son los otros, el yo común, quienes originan el mito. Estos otros representan el yo desfigurado, no el otro como distinto de mí, sino el otro igual a mí mismo, identificado conmigo. Si yo estoy solo sufro desamparo, siento mi alienación obscuramente, pero si todos son como yo y nos identificamos en creencias comunes, me siento reconfortado y consolado en una mitifi- cación o engaño colectivo. Así cada uno es por los otros y se crea una afinidad irreal o trascendente, como esos mitos que se llaman el Pueblo, la Raza, la Sangre, la Casta³⁵.

Véase añadido a esto la dificultad de individualidad propia de una situa- ción de postguerra. Dificultad de luchar contra ese lenguaje que guarece al hombre contra la intemperie de su individualidad. El mito es por definición irracional y nada puede la razón contra él.

El Mito requiere instalarse en el escenario del mundo, su instalación conlleva inexorablemente el desplazamiento de la realidad. Coloca al indivi- duo en una exterioridad alienada, en una eternidad irreal de presente absoluto. Muy bien lo veía Gonzalo Torrente Ballester en un artículo de la época en el que proponía un teatro que debía ser «Mito, Magia y Misterio»³⁶. La literatura necesita más el tiempo que cualquier otro tipo de enunciados, porque necesita la memoria. La memoria es quien pone al individuo en contacto con la reali-

dad, quien lo centra en el tiempo histórico. El Mito, en cambio, sitúa al hombre en un presente eterno sin ecos del pasado y sin proyección de futuro: presente perpetuo, eternidad, muerte. Es el miedo a enfrentarse con el fracaso, la lucha contra la historia. «La asociación de la historia con el mal, y la propagación del mito de los orígenes, han caracterizado el fascismo en todos los países en que éste se ha manifestado»³⁷.

3. Desconexión con el pasado y memoria

Es obvio que para la vida humana debe existir un equilibrio entre el olvido y la memoria. El primero en grandes dosis produce la alienación de presente absoluto y la esterilidad del futuro; la segunda hace insostenible la vida. El hombre es conciencia, y la conciencia es retención del pasado y proyección al futuro: memoria y esperanza. Cualquier totalitarismo, al colocar al hombre en una situación mítica atemporal: presente perpetuo, lo sitúa en un vacío carente de memoria y privado de esperanza; lo desrealiza al hacerlo sólo pensable con categorías ontológicas, y la estructura de la experiencia humana debe situarse en el mundo pensándose a la luz de la historia. En el régimen franquista lo que se produce es una combinación nefasta de estos dos componentes: la mentira de la verdad a medias. Una imposición de la memoria de una “victoria” mitificada que durará, por cierto, hasta el final del régimen, y el olvido más sangrante del pasado real, pasado vencido por la transición. Bien es cierto, como señala Jean Paul, que «el recuerdo es el único paraíso del que no se nos puede expulsar», pero los paraísos sin amarre a la realidad son globos que pueden viajar a la deriva o quistes que pueden crecer hasta destruir la conciencia. En muchos casos se consiguió la imposición de ese falso pasado alienador; en otros muchos la condena de silencio no permitió que cicatrizase la herida, convirtiendo el jardín del futuro en trágico laberinto donde a cada paso acude el sediento Minotauro de la memoria a recordar el duelo no realizado. En este contexto hay que situar estas duras palabras de Ramón Garciasol cuando en el 78 recuerda que

los pueblos no tienen memoria, menos el nuestro, como si fuese feliz... Alguien debía hacerlo, dejar constancia para reflexión y escarmiento. Debajo del silencio decretado con tan ingenua crueldad — la máxima crueldad pertenece a la ignorancia: sólo puede ser injusto lo eterno, proposición que contradice la esencia de lo humano: no hay justificaciones para el mal: no hay irresponsabilidad ni en el propio Dios, que se anularía —, sofocada, no extinta, proseguía la conciencia, el juicio desvelado que anota. Y ahora habla en mitad de la plaza a destiempo, sin valer para enmendar lo que fue, lo irrectificable y a tener en cuenta para luego: cuando la vida y la sangre se han vuelto retórica, costra de tiempo y olvido³⁸.

Hay que desnudar las telarañas de la memoria para que la habitación del olvido vuelva a recobrar la vida.

Era una sociedad la de los cuarenta en la que se había inculcado la pseudomoral del vencedor, cuando no la del superviviente. La incapacidad de asumir la culpa colectiva de una guerra civil deja sus indudables huellas en la psicología y en los comportamientos sociales (ambos temas perfectamente tratados por Buero Vallejo en *El Tragaluz*); es lo que podríamos llamar complejo de Antígona que se desarrolla en las dictaduras, obsesión que hace pervivir con evidencia lacerante el dolor de la memoria mucho más allá de lo que en condiciones normales sucedería. Dicha incapacidad se libera con la negación del pasado y tiene como consecuencia una visión restringida de la realidad que se traduce en prejuicios estereotipados. El pasado no ha sido vencido sino eliminado. Eliminar el pasado es mutilar la personalidad colectiva e individual, porque es también recortar el futuro. La función del futuro en nuestra vida consiste en gran parte en darle una proyección en lo individual insertándola en la conciencia del tiempo, además de engastarla en la esfera de lo social por la función utópica que le es inherente al futuro. El futuro es en buena parte recreación del pasado. El pasado es vivo cuando establece la sucesión de nuestra vida en el futuro proyectado, apunta Luis Rosales; cuando es un mero quedar estático, el pasado es la ceniza del fuego que se consumió. Ya decía Sören Kierkegaard que «el hombre (esto es, el hombre ético) vive a la vez en la esperanza y en el recuerdo, y es únicamente así como su vida toma una continuidad verdadera y llena». Así también nuestro Unamuno quería vivir su plenitud:

«con recuerdos de esperanzas
y esperanzas de recuerdos»

El pasado no solo es materia muerta, y como tal pequeño es su valor, sino que es conjunto de posibilidades de que el hombre dispone para proyectarse en el futuro. Si se consigue, pues, anular el pasado se deja la vida humana en lo que podríamos llamar enfermo de encefalograma plano, que es lo que en lenguaje psicoanalítico se llama desrealización y en lenguaje filosófico, alienación. Para no enfrentarse al pasado se propugna una mentalidad totalitaria basada en el culto a la dignidad de las ideas y en la grandeza de una historia mendaz. Los mecanismos activados para no encarar esa situación son fundamentalmente represivos³⁹.

Es importante apuntar también la estrategia del olvido que desarrolla la dictadura o la ideología totalitaria. En *Un día volveré*, de Marsé, al final y refiriéndose a esta época, se dice:

hoy ya no creemos en nada, nos están cocinando a todos en la olla podrida del olvido, porque el olvido es una estrategia de vivir — si bien algunos por si acaso, aún mantenemos el dedo en el gatillo de la memoria...⁴⁰.

De ahí que Garciasol hable de la escritura como «notaría del tiempo». La crítica literaria ha señalado hasta la saciedad la falta de reflejo de la guerra y de sus trágicas consecuencias en la literatura de postguerra. Vicente Gaos que ha acusado a aquella de los primeros años cuarenta de «anacrónica poesía de evasión» escribe:

Es casi increíble que ante el drama inmenso y próximo de la guerra civil pudiese surgir una poesía tan desvinculada de la realidad, tan sostenida en el aire como la que predominó en España entre 1939 y 1943⁴¹.

Quizás haya que recurrir a aquel aserto de T.S. Eliot cuando afirmaba que el hombre es incapaz de soportar la realidad sino a pequeñas dosis, y más si esta realidad se llama guerra civil. Aunque no hay que olvidar que no era posible tocar el tema si no se miraba desde la perspectiva triunfalista y patrioter del bando victorioso. En novela sólo podrán ver la luz aquellas obras que traten ditirámbicamente la “victoria” fascista. Las otras no existen para el español de España. En poesía, señala García de la Concha, que «un simple repaso de los libros de poesía publicados en España a raíz de la guerra, evidencia la polarización en torno a tres grandes núcleos: amor, religiosidad, imperio»⁴². De teatro, en esta época, ni el desierto es buena comparación: imposibilidad, se llama la historia.

Una de las mayores condenas es la del silencio impuesto sobre el pasado y, sobre todo, sobre el pasado reciente y trágico, sobre el drama que se acaba de vivir y cuya herida está todavía sangrando. Esta prohibición impide realizar las funciones primordiales de la catarsis y del llanto, así la de que las heridas abiertas cicatricen. Esto es absolutamente igual para todo ser humano. Pero para el escritor la condena de olvido es más trágica, pues

nuestro sentido del pasado, no en forma de reflejos adquiridos inmediatamente y de modo innato, sino en forma de selección moldeada de recuerdos, es también algo radicalmente lingüístico. La historia, en su sentido humano, es una red de lenguaje arrojada hacia atrás. Ningún animal puede recordar históricamente, su temporalidad es el eterno presente de las criaturas sin habla⁴³.

Esto es lo que acabaría consiguiendo el lenguaje totalitario, destruir el lenguaje, dejar al hombre animalizado, sin lenguaje. Además, se anula la historia en el momento en que el historiador se constituye en juez, fiscal, es decir, cuando se escribe la historia no como medio de conocimiento, sino para pro-

bar o juzgar algo, según expresa Caro Baroja; algo que evidentemente hizo la dictadura española de esta época. Ahí es donde la lucha del escritor para sobrevivir se vuelve hercúlea: para la supervivencia propia, para el rescate del medio de comunicación y para la puesta en marcha del sistema de signos y significados que hagan posible su propia supervivencia como escritor. La lucha desesperada del escritor será, en suma, salvar el lenguaje de la muerte a que ha sido condenado por el sistema totalitario: «El escritor es memoria por encima de todo, y lenguaje y palabra», apunta Marsé⁴⁴. Mucho antes con proverbial y profética sabiduría había definido esta trágica situación Marcelino Menéndez Pelayo:

Donde no se conserva piadosamente la herencia del pasado, pobre o rica, grande o pequeña, no esperemos que brote un pensamiento original ni una idea dominadora. Un pueblo puede improvisarlo todo menos la cultura intelectual. Un pueblo viejo no puede renunciar a la suya, sin extinguir la parte más noble de su vida, y caer en una segunda infancia muy próxima a la imbecilidad senil⁴⁵.

En esta situación, en este ocaso de toda cultura que supone un sistema totalitario, el hombre en general, y el escritor en particular, necesita establecer y preservar su propia identidad mediante un acto continuo de habla interiorizada. Esta corriente se establece con la propia conciencia, a la que se le envían palabras como constante garantía de su supervivencia. Esto es lo que se ha dado en mal-llamar exilio interior, cuando sólo es mantener la conciencia de la existencia del propio yo. Cuando el diálogo exterior es difícil, diálogo necesario para el reconocimiento del propio ser, la estrategia de supervivencia estriba en establecer un diálogo con eso que está dentro de nosotros para que no muera de silencio. Este es uno de los puntos necesarios para entender la situación del ser humano de la época y del escritor; y para entender que el problema de “exilio interior” como intelectual es menor ante la gravedad del problema como hombre.

Note

1. A. González, Prólogo a L. Rius, *Cuestión de amor y otros poemas*, México, Promexa, 1984, p. 7.
2. “Tajo”, Madrid, 3 de agosto de 1940.
3. G. Steiner, *Extraterritorial*, Barcelona, Barral, 1973, p. 121.
4. D. Ridruejo, *La vida intelectual española en el primer decenio de la postguerra*, en *Entre literatura y política*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1973, p. 18 (publicado en “Triunfo”, n. 507, extra, Madrid, 17 de abril 1972). El propio Ridruejo, años más tarde, estimaba que había merecido, su escrito, «la repulsa más viva de hombres que estaban lejos de España (...) y la mía misma cuando volviera a leerlo pasados quince o veinte años. Y es que visto desde fuera y desde lejos, todo aquello tenía que pare-

- cer una farsa, un falso testimonio, un ardid de gentes aprovechadas que querían sumar y, con la suma, legitimar la causa a la que servían y cuyo reverso era el terror» D. Ridruejo *Casi unas memorias*, Barcelona, Planeta, 1976, p. 224. Es muy interesante, asimismo, el libro de F. Valls, *La enseñanza de la literatura en el franquismo, 1936-1951*, Barcelona, Antoni Bosch Ed., 1983, en el que se estudian los efectos de esta mixtura para la enseñanza de la literatura, de donde nacería la formación intelectual de los jóvenes de postguerra. Asimismo, se expresa Gil Casado citando a J.M. Castellet en *Tiempo de destrucción para la literatura española*, en “Imagen”, supl. 28, 15/30 de junio de 1968, pp. 1-2: «Los escritores de la generación “del medio siglo” compartieron con sus respectivos condiscípulos la catastrófica, inoperante y parcial enseñanza que se les dio en los años de la postguerra», sistema educativo cimentado en la recitación de las glorias pasadas y de unos supuestos destinos patrios, con todos sus correspondientes y bien conocidos tópicos, «sistemáticamente contrario de todo lo que pudiera significar una dinámica y un proceso intelectual», citado en P. Gil Casado, *La novela social española*, Barcelona, Seix Barral, reimp. 1975, p. 117. Ridruejo señala que «por lo que se refiere a los órganos de difusión, los que no eran oficiales estaban oficializados de hecho, como las escuelas, los colegios y la universidad, en las cuales la jerarquía eclesiástica tenía (y el principio fue recogido en el Concordato de 1951) una potestad censoria», op. cit., pp. 17-8. Una veta que nos habla con los datos del estado de la enseñanza en la postguerra, y que esperamos se siga investigando en otros lugares hasta completar el mapa español, es el libro de W. Alvarez Oblanca, *La represión de postguerra en León. Depuración de la enseñanza 1936-1943*, León, Santiago García, 1986. De lo que supuso la postguerra en la enseñanza, es necesario estudiar detenidamente el número y la calidad de los maestros, profesores de medias y de universidad que se fueron al exilio: C. Sáenz de la Calzada, *Educación y pedagogía en El exilio español de 1939*, vol. III, Madrid, Taurus, 1976, pp.209-280; J. J. Reyes, *Escuelas, maestros y pedagogos*, en *El exilio español en México 1939-1982*, México, FCE-Salvat, 1982, pp. 177-205; hay más datos en los capítulos dedicados a cada una de las ramas del saber en ambas obras, además datos importantes aporta Javier Rubio en el vol. I de su obra *La emigración de la guerra civil de 1936 a 1939*, Madrid, San Martín, 1977.
5. M. Prados y López, *Ética y estética del periodismo español*, Madrid, Espasa-Calpe, 1943, p. 30.
 6. M. Eliade, *Mito y realidad*, Barcelona, Labor, 5ª ed., 1983, p. 222.
 7. S. Sanz Villanueva, cit., p. 16.
 8. M. Delibes, *La censura de prensa en los años 40 y otros ensayos*, Valladolid, Ambito, 1985, p. 21.
 9. M. Vázquez Montalbán, *La España de los años 50*, en “Olvidos de Granada”, n. 13, extra, junio 1986, p. 119. Que es un totalitarismo “sui generis”, no fue por no querer ser más sino por otras circunstancias, como bien lo resume Fernando Morán en estas palabras: «En el ensayo de totalitarismo español ocurre, no obstante, que el elemento mitificado no convoca a una época nueva, inédita, sino que reconduce al curso de la propia historia. Es el verdadero ser del destino nacional lo que se configura como elemento mitificado. El mito del totalitarismo español se asemeja al del Hijo Pródigo. Se es plenamente, insuperablemente, cuando se es fiel a la línea de la historia trazada por Dios al país, a la comunidad española (...) La dimensión utópica es menor en el totalitarismo español y el ingrediente mítico se difumina un poco por la extensión del sector a mitificar. Por otra parte, las consecuencias lógicas de una ex-

altación nacionalista en base a razones ideológicas — martillo de herejes, etc... — tropezaron pronto con la necesidad de la neutralidad insoslayable en la guerra, debido a la dislocación del cuerpo nacional y de su economía en la previa contienda civil. La falta de protagonismo internacional amputa al totalitarismo de su dimensión más dinámica». F. Morán, *La destrucción del lenguaje y otros ensayos literarios*, Madrid, Mezquita, 1982, pp. 171-2. Para los interesados en este tema véanse la obra de S. G. Payne: *Falange. Historia del fascismo español*, Madrid, Sarpe, 1985, donde aparece una bibliografía sobre las relaciones entre la Falange y el fascismo; el capítulo 8, *Somos fascistas*, del libro de D. Sueiro y B. Díaz Nosty: *Un imperio en ruinas. Historia del franquismo*, Barcelona, Argos-Vergara, 1985, en todo este libro así como en el tomo segundo se puede encontrar una exhaustiva bibliografía para el conocimiento histórico del periodo; María Zambrano en *Los intelectuales en el drama de España* (Barcelona, Anthropos, reimp. 1989, pp. 27-39) habla también de la relación entre la intelectualidad y el fascismo.

10. Pról. de Juan Aparicio a la obra de M. Prados y López, *Ética y estética*, cit., p. 9.
11. «Las disposiciones legales represivas y las depuraciones y purgas se suceden unas tras otras: 1939, Ley de Responsabilidades Políticas; 1940, Tribunal Especial de Represión de la Masonería y del Comunismo; 1947, Ley de Represión del Bandidaje y del Terrorismo» *Historia social de la literatura española, III*, Madrid, Castalia, 1979. Añádase el férreo control de la enseñanza: «Desde este momento (se refiere a los primeros días del alzamiento), “legalmente”, el Estado controló “hasta los más mínimos pensamientos” de educadores y educandos. Para muestra valgan este par de párrafos: “Los Alcaldes o Delegados que éstos designen, cuidarán: (...) De que los juegos infantiles, obligatorios tiendan a la exaltación del patriotismo sano y entusiasta de la España nueva”, “las prácticas tituladas de juegos y deportes se entenderán ampliadas en lo sucesivo con ejercicios de instrucción pre-militar que han de influir ya desde los años juveniles en la conservación y fomento de la disciplina social” (O. 22-IX-1936), esto respecto a los educandos; a los educadores se les exigirá, y aquí va el segundo ejemplo: “título de cualquier Facultad y de moralidad y patriotismo indudables”. La conducta intachable (no haber pertenecido a ningún partido ni sindicato obrero durante la República, ni haberla apoyado, por supuesto) y la moralidad intachable y cristiana se debía acreditar mediante “certificaciones, extendidas en papel común, por el Alcalde, Cura Párroco y Jefe del puesto de la Guardia Civil, del lugar donde hubieran desempeñado la última escuela” (O. 30-X-1936), y esto sin contar con las rencillas personales propias de la época». Lo anterior debe ser complementado con la depuración de Bibliotecas Públicas y Centros de Cultura: «Las comisiones depuradoras (...) ordenarán la retirada (...) de libros, folletos, revistas, publicaciones, grabados e impresos que contengan en su texto láminas o estampados con expresión de ideas disolventes, conceptos inmorales, propaganda de doctrinas marxistas y todo cuanto signifique falta de respeto a la dignidad de nuestro glorioso Ejército, atentados a la unidad de la Patria, menosprecio de la Religión Católica y de cuanto se oponga al significado y fines de nuestra Cruzada Nacional». (O. 16-IX-1937); F. Valls, *La enseñanza de la literatura*, cit., pp. 39, 41, 42 y ss. La censura ha sido estudiada por A. Beneyto, *Censura y política en los escritores españoles*, Barcelona, Plaza y Janés, 1977, con un apéndice en el que recoge las leyes de prensa. De C. Puerto, *La censura como problema*, Barcelona, Cedel, 1975. Véase de M. L. Abellán: *Censura y creación literaria en España*, Barcelona, Península, 1980; y los artículos del mismo autor: *Censura y producción literaria inédita*, en “Insula”, n. 359, octubre 1976, y *Censura y práctica censoria*, en “Sistema”, n. 22, 1978, pp. 29-52. También debe tenerse en cuenta el más reciente y completo de J. Sinova, *La cen-*

- sura de prensa durante el franquismo (1936-1951)*, Madrid, Espasa-Calpe, 1989, que abarca tanto los aspectos teóricos como prácticos, así como las consignas emanadas para controlar los aspectos más mínimos de la vida cotidiana y que convierten a los periódicos en auténticos aparatos de propaganda política. Además pueden cotejarse algunos artículos como el de M. Delibes, *La censura de prensa en los años cuarenta*, en *La censura literaria en los años 40 y otros ensayos*, cit. (también incluido en *Pegar la hebra*, 1990); J. Goytisolo, *Los escritores españoles frente al toro de la censura*, en *El furgón de cola*, París, Ruedo Ibérico, 1967, pp. 30-6. Véase también: S. Vilar, *Manifiesto sobre arte y libertad. Encuesta entre intelectuales y artistas Españoles*, Barcelona, Fontanella, 1964.
12. M. Delibes, *La censura de prensa*, cit., p. 6.
 13. M. Prados y López: *Ética y estética*, cit., p. 80.
 14. D. Ridruejo, *La vida intelectual española*, cit., p. 18.
 15. J. M. Castellet, *Artículo*, en "Laye", n. 20, agosto-octubre 1952.
 16. J. Labanyi, *Tiempo de silencio en su contexto*, en "Olvidos de Granada", n. 13, extra., junio 1986, p. 32.
 17. J. Goytisolo, *Examen de conciencia*, citado en P. Gil Casado, *La novela social española*, Barcelona, Seix Barral, 1973, 2ª ed., p. 126.
 18. G. Steiner, *El lenguaje animal*, en *Extraterritorial*, cit., p. 80.
 19. Véase al respecto el tan cacareado realismo de *La colmena*, donde faltan los falangistas, el clero y los militares; donde los ecos de la guerra son mínimos y aparecen como bien lejanos en una novela que se desarrolla en 1943. Y ni así, ni perteneciendo su autor al estatus, pudo ser publicada en España en esta década.
 20. F. Ruiz Ramón, *Historia del teatro español s. XX*, Madrid, Castalia, 1975, p. 443.
 21. S. Sanz Villanueva, cit., p. 28.
 22. J. M^a. Martínez Cachero, *Traducción, biografías, actividad editorial*, en *Historia de la novela española entre 1936 y 1975*, Madrid, Castalia, 1979, pp. 74-84.
 23. A. Buero Vallejo, pról. a Ramón Garciasol, *Segunda selección de mis poemas*, Madrid, Espasa-Calpe, 1980, p. 25.
 24. K. Kerényi, *Dal mito genuino al mito tecnicizzato*, en *Atti del colloquio internazionale su "Technica e casistica"*, Roma, 1964, pp. 153-159.
 25. M. Eliade, *Imágenes y símbolos*, Madrid, Taurus, 2ª ed., 1974, pp. 63-4.
 26. F. Jesi, *Mito y lenguaje en la colectividad*, en *Literatura y mito*, Barcelona, Barral, 1972, p. 39.
 27. *Ibidem*.
 28. *Ivi*, pp. 39-40.
 29. *Ivi*, p. 44.
 30. M. Eliade, *Mito y realidad*, cit., p. 12.
 31. J. Caro Baroja, *Mito del carácter nacional. Meditaciones a contrapelo*, Madrid, Seminarios y Ediciones S.A., 1970, p. 72.
 32. V. García Martí, *La voz de los mitos. Grandeza y servidumbre del hombre*, Madrid, Espasa-Calpe, 1941.
 33. R. Gullón, *Voces del silencio: la poesía española de postguerra*, en "Rev. Unam", n. 5-6, enero-febrero 1969, p. 47.
 34. Fernando M., *La destrucción del lenguaje*, cit., p. 170-1. En los años cuarenta, afirma Morán en estas páginas se leyó en España a Spengler y a Berdayev, interesantes para entender el sentido de la visión del tiempo y de la historia de los círculos falangistas. Ver cita 7, del mismo autor.
 35. C. Gurméndez, *El sentido de la alienación y la desalienación humana*, Barcelona, Anthropos, 1989, p. 130.

36. G. Torrente Ballester, *Razón de ser de la dramática futura*, en “Jerarquía”, n. 2, octubre del 1937, pp. 61-84.
37. J. Labanyi, *Tiempo de silencio*, cit., p. 22.
38. R. Garciasol, *Memoria amarga*, cit., p. 11.
39. L. Rosales, *Teoría de la libertad*, Madrid, Seminarios y Ediciones, S.A., 1972, p. 78. Debe leerse los siguientes artículos de George Steiner: *El milagro hueco* (1959) en *Lenguaje y silencio*, Barcelona, Gedisa, 1982, pp. 133-150, y *Una temporada en el infierno*, en *En el castillo de Barbazul*, Barcelona, Guadarrama, 1976, pp. 29-52.
40. J. Marsé, *Un día volveré*, Barcelona, Plaza y Janés, 1982.
41. V. Gaos, *Claves de la literatura española*, t. II, Guadarrama, Madrid, 1971, citado en J. L. Cano, *Poesía española contemporánea. Generaciones de posguerra*, Madrid, Guadarrama, 1974, p. 13.
42. V. García de la Concha, *Poesía española de 1935 a 1975: De la preguerra a los años oscuros 1935-1944*, T. I, Madrid, Cátedra, 1987, p. 319.
43. G. Steiner, *Extraterritorial*, cit, p. 84.
44. G. Morán, cit., p. 15.
45. M. Menéndez Pelayo, *Escritos de crítica filosófica*, Madrid, Csic, 1948, p. 354.